

LETRAS

letrillas

LETRONES

POESÍA

Francisco Cervantes: la dignidad del canto

En enero murió Francisco Cervantes, cuentista, ensayista, traductor connotado del portugués y una de las figuras más reconocidas y extravagantes de la poesía hispanoamericana. El abundante anecdótico que ha aflorado a partir de su muerte revela a un hombre de valores arraigados, de afectos y antipatías tajantes y de un trato que podía ser alternativamente huraño o entrañable. Todos estos rasgos denotan una personalidad peculiar, pero también una elección estética, una asunción, hasta las últimas consecuencias, de la poesía como una ley. Porque Cervantes fue uno de esos románticos postreros que buscaban una unidad ética entre el creador y su obra, y que aspiraban a que sus dilemas e inquietudes personales alcanzaran una *resolución formal y vital* en el arte. Para Cervantes,

el poeta no era un mero productor de versos, sino una especie de caballero andante que, con su iracundia o generosidad impulsivas, encarnaba las virtudes del valor y la justicia y no dudaba en explotar contra los necios, los apocados o los avariciosos. Así, Cervantes hizo de la poesía una norma de honor y de ascetismo que guiaba desde la elección de sus oficios hasta su relación con el medio ambiente literario. No puede explicarse de otro modo su franqueza y animosidad a veces suicida o su renuncia a las aspiraciones habituales (una familia, un hogar propio, una convivencia pacífica y rentable con la comunidad literaria) para elegir una vida errante y precaria de cantor inconformista.

Por supuesto, aun con su valentía, Cervantes no sería más que una leyenda de la bohemia literaria mexicana si su personalidad e ideario no hubieran cristalizado en una obra poética deslumbrante. La poesía de Cervantes crea un universo de valores y un lenguaje poético único: por un lado, con su ala-

banza a los ideales caballerescos y guerreros, revive y redime una cultura heroica, una edad de oro del arrojo y la nobleza de corazón; por otro lado, con la actualización de moldes poéticos antiguos y con la mezcla de sus idiomas electivos —el castellano, el gallego y el portugués—, Cervantes emprende la búsqueda de una expresión en donde la sonoridad, el ritmo y la emoción trasciendan las fronteras idiomáticas y restituyan, al menos por un instante, el ideal de una unidad de la lengua. Ya desde su primer libro, *Los varones señalados* (1972), Cervantes canta las aventuras, hazañas y sufrimientos de los caballeros, alaba el heroísmo y el “poder civilizador” de la guerra, evoca el placer embriagante de la batalla y la conquista del respeto, la amistad y el amor; pero no se trata de una mera idealización: los caballeros y trovadores de Cervantes son seres trágicos, con una profunda conciencia de la muerte y la transitoriedad de sus afanes. Así, la naturaleza libérrima del caballero desconfía en su fuero interno de cualquier dogma o autoridad y cultiva, a veces con una confianza solitaria y temeraria, la fidelidad a sus propios valores. Por eso, los caballeros, y en general todos los personajes poéticos de Cervantes, son seres que abrazan un vitalismo atormentado y escéptico donde se alternan el amor y el abandono, el goce y la herida, la nostalgia y la celebración



Cervantes, caballero andante.

del instante, la fe y el nihilismo.

Pero Cervantes no sólo hace una fascinante elegía de un mundo ido, sino que, con su gusto por lo arcaico, se vuelve uno de los más audaces experimentadores con el sonido y el ritmo. Desde sus primeros libros, Cervantes adopta una sintaxis y una entonación deliberadamente anacrónicas que dotan a su poesía de una insólita musicalidad, pero es tal vez en *Cantado para nadie* (1982) donde lleva a las mayores alturas su exaltación del canto y la mezcla de idiomas. En este libro, el canto aparece como una reivindicación de formas antiguas, particularmente de la juglaría gallegoportuguesa (cosantes, cuartetas, cantigas de amigo o de estribillo), a menudo casi ininteligibles para quienes no conocemos esos idiomas, pero cuyo efecto, grato al oído y al sentimiento, surge de un diestro despliegue del oficio poético. Así pues, podría pensarse en un anhelo de restauración que construye un mundo poético, al mismo tiempo mágico y secular, donde privan los valores ideales, donde el canto es una expresión sencilla y compleja a la vez de la alegría o la añoranza y donde las diferencias entre las lenguas se diluyen en un solo ritmo poético. Por supuesto, esta confianza en los poderes de la poesía no implica una sacralización y nada más lejos del temperamento de Cervantes que la impostura chamánica con la que todavía muchos poetas sorprenden a los auditorios desprevenidos: Cervantes no busca en la poesía una religión o una salvación, sino simplemente una forma más digna y consciente de existir, de aceptar la fragilidad y el absurdo de la condición humana y de soportar las menguas y humillaciones del tiempo y el azar en nuestras vidas. —

— ARMANDO GONZÁLEZ TORRES

POLÍTICA

Una paz frágil

La fotografía que selló el encuentro en la población egipcia de Sharm el-Sheikh fue más elocuente que mil palabras. Dándose la mano, por encima

de la amplia mesa, Ariel Sharon, primer ministro israelí y Mahmoud Abbas, cabeza de la Autoridad Palestina (AP) acordaron lo que es de hecho el fin de la segunda Intifada. Sharon y Abbas habían recorrido un largo camino paralelo que confluyó, gracias a circunstancias imprevisibles, en un conjunto de intereses comunes que se tradujeron en el acuerdo de Sharm-el

Sheikh. La primera de esas circunstancias fue la muerte de Yasser Arafat en noviembre del 2004. La reunión en Egipto y la rapidez con que el gobierno israelí y la AP han aplicado medidas que Arafat consideraba imposibles de conseguir de parte de Israel y de aplicar en los territorios ocupados, son la medida perfecta del grado en que el viejo líder palestino se había convertido en un obstáculo para la paz.

La segunda fue el convencimiento de Sharon y de Abbas de que el círculo vicioso de violencia que envolvió a sus pueblos desde fines del año 2000 y que había costado la vida a tres mil palestinos y a mil israelíes, no tenía salida para ninguno de los dos. La Intifada había hundido a los territorios ocupados en el caos, la miseria y una mentalidad suicida y al ejército israelí en una estrategia militar destinada al fracaso y muy costosa en término de vidas y en desprestigio internacional. No había una salida militar para terminar con la Intifada. Sharon y Abbas llegaron a la misma conclusión por vías muy distintas.

Mahmoud Abbas, un refugiado de la guerra de 1948 nacido en Safed, hizo su carrera política a la sombra de Arafat. Con la reunión en Sharm el-Sheikh y de las medidas que ha aplicado en los últimos días como telón de fondo, su relación con Arafat se ha comparado con la que tuvo en su momento Anwar Sadat con Nasser.



Abbas y Sharon: ¿De las manos a los becbos?

Frente a Arafat, Abbas mantuvo un perfil tan bajo que fue visto siempre como un hombre débil, sin un proyecto propio y sin una brizna del carisma del viejo líder palestino. El fracaso de su gestión como primer ministro de la AP en 2003, fortaleció esa percepción. Como sucedió con Sadat a la muerte de Nasser, Abbas se transformó como por arte de magia al morir Arafat: hizo una campaña hábil y astuta y ganó las elecciones para encabezar a la AP a principios de enero, declaró que la violencia no era el camino para resolver el conflicto con Israel y para construir un Estado propio, negoció una y otra vez con las organizaciones terroristas palestinas —en especial con Hamas y Jihad Islámica— hasta conseguir que adoptaran una tregua y aceptó la intermediación egipcia en el proceso que culminó en Sharm el Sheikh. Por si eso fuera poco, desplegó a la policía palestina en puntos clave de su frontera con Israel para evitar el paso de terroristas suicidas y el lanzamiento de proyectiles a las poblaciones israelíes cercanas a la franja de Gaza. Demostró así que las profesiones de debilidad de Arafat que se pintaba a sí mismo como un líder inerme que nada podía hacer para evitar la violencia palestina, eran fórmulas retóricas huecas.

La transformación de Sharon ha sido aún más sorprendente que la de Abbas. El campeón de los pobladores

israelíes en los territorios ocupados y el abogado de una política de fuerza en donde no cabía concesión alguna, adoptó la política laborista que había planteado el retiro de los territorios ocupados y que él mismo había desechado como una fantasía inaplicable. Hace unos meses declaró que Israel liberaría unilateralmente la franja de Gaza y retiraría a los ocho mil pobladores israelíes y al ejército que los protege. Su iniciativa desató una tormenta política que amenaza aún con dividir a su propio partido —el Likud—, obligó al primer ministro a incorporar al partido laborista al gobierno y a confrontar manifestaciones de las organizaciones de pobladores y amenazas a su vida. Quienes se oponen al retiro de Gaza, parte fundamental, por cierto, del electorado que llevó a Sharon al puesto de primer ministro en 2001, han tratado de imponer estrategias —como la necesidad de un referéndum sobre el retiro— para retrasar la salida de Gaza programada para mayo. Sharon se ha mantenido inflexible. A la vez, ha concedido a varias demandas de Abbas: liberó en días pasados a cientos de prisioneros palestinos y ha evitado responder por la fuerza a las provocaciones de los terroristas palestinos empeñados en hacer naufragar el proceso que se inició en Sharm el-Sheik. El 10 de febrero, por ejemplo, el ejército israelí dejó pasar el ataque con proyectiles, firmado por Hamas, sobre el asentamiento israelí de Gush Katif.

El acuerdo de Sharm el-Sheikh tiene el mejor cimiento posible: la buena voluntad del líder de la AP y del primer ministro israelí y el apoyo de Egipto, Jordania y de Washington. Sin embargo, tiene que remontar graves problemas: crear un clima de confianza y sobre ella, negociar las “cuestiones malditas” que han destruido una y otra vez las iniciativas de paz en el pasado. A saber, la demanda de retorno a Israel de los refugiados palestinos, la delimitación de las fronteras, el uso de los recursos acuíferos y la más delicada de todas esas cuestiones, el estatus futuro de Jerusalén. En suma, la negociación

de una agenda complejísima cuyo destino depende a corto plazo de las franjas lunáticas que pueden dar al traste con lo conseguido en Sharm el-Sheikh: los pobladores y la ultraderecha israelí que los apoya y las organizaciones palestinas terroristas que cuelgan como la espada de Damocles sobre el programa de Mahmoud Abbas. —

— ISABEL TURRENT

CIUDAD

Hot Wheels azteca

Durante largos, largos, largos meses, las obras del “segundo piso” del Periférico, entre San Jerónimo y Barranca del Muerto, resultaban tan regularmente exasperantes como ocasionalmente fascinantes. A la repetida y monótona chinga de avanzar por milímetros, bajo el sol tórrido o la lluvia apocalíptica, escuchando en la radio el aluvión de noticias viales y políticas que son el taco sudado nuestro de cada día, se agregaba —sobre todo en las horas nocturnas— una cierta admiración, un cierto pasmo, incluso un cierto orgullo por esas obras ingentes de ingeniería.

A las ciudades, aunque remoloneen, les gustan las grandes obras que las modifican y redefinen, y la ciudad de México no se había remozado desde la erección de Ciudad Universitaria en los años cincuenta y las obras del Periférico y de los sitios olímpicos antes del sangriento octubre de 1968. Desde entonces, la única gran modificación urbana —si escatimamos la brutal creación de los “ejes viales” a cargo de Gengis Hank González— fue el terremoto del 85, cuyas cicatrices ya sólo las nota el ojo muy agudo y conocedor. Antes y después del sismo aquél, se dio la atropellada migración de ciertas clases medias hacia los paisajes pueblerinos y los suelos firmes y volcánicos

del sur: Coyoacán, Tizapán, Las Águilas, Tlalpan, Tepepan, Xochimilco, el Ajusco y más allá.

¿Qué otros cambios ha habido? El deterioro garapiñoso de la Zona Rosa, la relativa revivificación de la Roma malherida, la multiplicación de *shopping malls* de diversas calidades y dimensiones, la consolidación de la Condesa como sede de los guapos y jóvenes —como también del yantar de la ciudad (la “Fondesa”)—, la conversión de la Del Valle y la Cuauhtémoc en estacionamientos y asaltódromos, la consagración de la Colonia de los Doctores y de Tepito como centros del crimen, organizado o desorganizado, y la muy



paulatina y parcial regeneración del Centro Histórico.

En otras palabras, la ciudad de México, virtualmente, ha estado mirándose en su mismo espejo durante tres décadas, los mismos treinta años en que la imaginación, las economías y las esperanzas del continente, como aguas verdosas, se estancaron. Varias ciudades europeas, antes estáticas, se transformaron y reinventaron en esos mismos seis lustros (Barcelona y Bilbao y buena parte de España; Londres y Berlín y París y Bruselas), mientras nosotros seguimos en las idénticas esquinas de siempre, cada año un poquito más percutidas.

Cierto: en la ciudad de México siempre se están construyendo edificios modernos, en Insurgentes y en las márgenes

nes del Periférico. Pero lo menos que se puede decir es que los más horrendos nos ponen a patallar de rabia y los menos feos son generalmente mediocres, y que los arquitectos de esta ciudad en su mayoría deberían pagar, no cobrar, por las cajas de vidrio rutilante o negro que siguen depositando como bolsas de basura por la ciudad, recuerdos cada vez más degradados de los cristales y las líneas rectas de Mies van der Rohe. Y no, no se nos olvidan esos cómicos hoteles “posmodernos”, especie de edificios babilónicos hechos con piezas de Lego, que han venido destruyendo el *skyline* de una de las avenidas más bellas y nobles del planeta, el Paseo de la Reforma.

Por su parte, Santa Fe, probablemente el desarrollo urbano más importante de los últimos años en esta ciudad —o, más precisamente, en su perímetro—, fue concebido cuando los señores Manuel Camacho y Carlos Salinas de Gortari nos prometían, en la capital y en todo el país, cien años de maravillosa modernidad que acabaron siendo diez años de deterioro y violencia y brutal desgaste del tejido social. La última vez que me aventuré por Santa Fe, se parecía a Houston: una hipermodernidad surgida de la nada, con edificios interesantes y edificios ridículos, y con baches tan peligrosos como en Coatzacoalcos.

Pero volvamos al celeberrimo “segundo piso” del Peri que acaba de inaugurar el señor López Obrador, y que se propaga como “la obra más importante del sexenio” en la República entera. Ya se puede circular por los grandes puentes y rampas y, próximamente, también por dos largos túneles, y no cabe duda de que son útiles e impresionantes obras en beneficio de los millones de vehículos de la megalópolis en un tramo antaño atascadísimo del surponiente.

Mientras uno avanzaba hace unas semanas aún, como decíamos antes, milímetro a milímetro de noche, entre el resplandor de faros potentísimos y chispas de soldadura y enormes grúas hidráulicas y cientos o miles de obreros de la obra por la que desea ser recorda-

do Obrador, a veces se encogía el corazón ante la magnitud de todo aquello: se antojaba digno de faraones, o de los constructores de Tenochtitlan —pensaba uno en su cochecito—, y podía imaginarse a López Obrador como una especie de Charlton Heston con casco amarillo y mirada visionaria: digamos que una mezcla de Moisés y Robert Moses (el modernizador de las vialidades neoyorquinas) y Axayácatl.

A mi hija Camila le fascinaba aquello: “Parece una de esas películas que suceden en ciudades del futuro”, decía, por momentos hipnotizada, y yo estaba de acuerdo.

Ahora que ya no hay reflectores ni grúas hidráulicas ni destellos ni columnas de trabajadores, ya no estoy muy seguro de que el futuro sea lo que esta obra encarna. Tiene facha, más bien, de obra del pasado: Caracas o Los Ángeles en los años cincuenta y sesenta, complicada escultura erigida no en honor de la ciudad y su belleza, sino del automóvil que la recorre como gangrena.

Además, como en realidad es una obra aún inconclusa, produce más bien, vista de cerca y de dentro, una fea impresión de negligencia humana y fealdad material, pues por doquier hay varillas sobresalientes, muros sin acabado, viejos puentes peatonales pintados de ese repulsivo Verde Moco que este gobierno ha preferido al menos triste Amarillo Pollito de antaño, salidas y entradas pésimamente diseñadas donde se atascan los coches y, además, todavía bordeadas de piedras, mala señalización, numerosos mordelones de desagradable catadura en moto, líneas de carril sin pintar...

En suma: el “segundo piso” debe de ser muy útil, pero bonito, lo que se llama bonito, no lo es mucho.

Más bien parece un pegote, una enorme prótesis —de dieciocho kilómetros en total— enclavada en ese espinazo espiral de la ciudad que es el Periférico.

Viendo en la tele el otro día el promo que el GDF ha hecho sobre esta obra, me pregunté qué era lo que me recordaba. Al cabo de unos minutos lo descubrí: no me evoca la Vía Appia

romana, ni el Puente de Brooklyn, ni otras obras urbanas magnas, sino esos juegos de plástico chafa marca *Hot Wheels* por los que los chavitos lanzan sus cochecitos una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. Hasta que se descompone el juguete.

(Por cierto, se me dice que los fines de semana los coches se estacionan para mirar desde las alturas. ¿Qué observan? Supongo que las azoteas y los tinacos del vecindario... Y los aros plateados —típicos de *Hot Wheels*— en la glorieta de San Jerónimo.) —

— HÉCTOR MANJARREZ

LITERATURA

La rayuela secreta de María Luisa Puga

María Luisa Puga (1944-2004) la leí primero en *Las posibilidades del odio* (1978) y luego en los diversos libros que publicó después como *Cuando el aire es azul*, *Pánico* o *Peligro* (Premio Xavier Villaurrutia, 1984), y *La forma del silencio*, *Antonia*, *Las razones del lago*, *La ceremonia de iniciación*, *La viuda* y *La reina*, así como sus cuentos *Inmóvil sol secreto* o *Intentos*, y también para niños como *El tornado* y *Los tenis acatarrados*.

Hay en su escritura una combinación singular de nerviosa tensión receptiva, pasión ética y pasión estética. Disposición a ser llevada por las formas y por las ideas, sentido de la observación y de la construcción, amor a las formas, y sigue el tren elogioso.

Cuando la conocí me llamaron la atención tres cosas: la claridad y la dulzura de su voz, el brillo intensísimo de sus ojos oscuros y la arquitectura sorprendente de sus manos. Manos nudosas y muy antiguas, de yerbera o curandera o alta sacerdotisa de un rito marino y de un culto solar. No me sorprendió que hubiese nacido en el puerto de Acapulco, en el estado mexicano de Guerrero; tampoco que sus pasos errantes la hubieran llevado a la Sudáfrica de Doris Lessing y de Nadine Gordimer, con cuyas obras la suya tiene

alguna afinidad. Luego, más tarde, me preguntaría qué podía tener Sudáfrica para atraer con su imán a la autora de *Intentos* y a Verónica Volkow, cuyos intereses son tan distintos. La prosa de María Luisa Puga viene de Julio Cortázar, y me habría gustado como editor invitar a María Luisa a leer algunos textos de éste, pues ese encuentro me parecía necesario. Además de la admiración hacia su prosa veloz y clemente, guardo de María Luisa Puga el recuerdo de una observación práctica que ahora querría compartir: “¿Te has fijado –me dijo una de las pocas veces que conversamos– qué educados son los pasajeros que viajan en microbús? ¿Has visto cómo ahí se produce en germen el teatro de la cortesía y la civilización mestiza? Claro que la realidad guerrera me demuestra que no siempre es así, pero que a veces sí lo es y muy decisivamente.” Lo cierto es que además, le señalaría ahora, hay un contraste inquietante entre esa cortesía puertas adentro y la evolución más que accidentada y tortuosa de los microbuses por las calles de la ciudad. Las novelas y cuentos de María Luisa Puga se abren paso por los túneles inciertos del tiempo, sin humillaciones ni pugnas gracias a que están sembradas, además, de observaciones como ésta. Sus cuentos y novelas apuestan, con originalidad, a la difícil aleación de la innovación experimental y la fidelidad ética y estética. —

— ADOLFO CASTAÑÓN

JUEGOS DE GUERRA

Perdiendo la cabeza en Iraq

I
 Cuando televisoras y agencias de información comenzaron a emitir, el pasado 1º de febrero, el retrato de un *marine* afroestadounidense presuntamente secuestrado por islamistas radicales en Iraq, miles de medios lo reprodujeron al instante. La inercia causada por el centenar de secuestros de extranjeros que se han registrado en el país desde que comenzó la invasión

de Estados Unidos justifica –acaso– la ceguera de los editores.

El hombre aparecía en la imagen, difundida originalmente por la página electrónica de un grupo insurgente, con un gesto de curiosa impasibilidad, como si se hubiera soplado las obras completas de Séneca y Boecio antes de ser retratado. Un rifle automático le apuntaba a la cabeza, pero ni siquiera su amenazante cañón lograba arrancarle una mueca a su rostro estoico. Y eso que se encontraba sentado frente a la acostumbrada manta negra con letras en árabe –“No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta”, literalmente– que tantas veces se ha visto como utilería de alguna horrible decapitación.



Marine Cody: final del juego.

La imagen era acompañada con un texto categórico: “Nuestros héroes mujaidines del Batallón Yijadi lograron capturar al militar estadounidense John Adam después de matar a un número de sus camaradas y de capturar al resto. Dios mediante, lo decapitaremos si nuestros prisioneros, tanto hombres como mujeres, no son liberados en un plazo de 72 horas.”

Seriecito y muy peinado, *mister* John Adam miraba a la cámara con paz inhumana. En realidad, no tenía motivos para manifestar cólera o temor. ¿Por qué? Porque no era un hombre sino un ejemplar del “Marine Cody”, un muñeco de plástico que reproduce sin demasiada delicadeza a un infante de marina.

La fábrica del “Marine Cody” intervino para reivindicar al secuestrado como uno de sus monos, y para aclarar de paso que el rifle que le apuntaba a la cabeza era un arma de juguete. Un juguete. Eso era Adam. Un *madelman*. Un hombre de acción que se podría comprar en cualquier tianguis por cincuenta pesos –y regalar luego, a escondidas de sus padres, a algún chiquillo con inclinaciones mujaidines.

Con cierto cinismo, los medios que habían alarmado a los compasivos del mundo con la noticia del plagio, comenzaron a difundir una nueva imagen: el revelador empaque de plástico del “Marine Cody”. Ninguno se tomó la molestia de indicar si la manta con letras en árabe va incluida en el precio.

II

Las fotografías de torturas a presos iraquíes en la cárcel de Abu Ghraib, en las afueras de Bagdad, inflamaron las portadas de los diarios del planeta hace unos meses. Botas, correas y puños acosaban a hombres desnudos y ateridos. Pero un nuevo escándalo carcelario produjo imágenes de muy diferente calaña.

Como sacadas de la imaginación del guionista de la comedia bélica *M*A*S*H*, algunas militares del 160º Batallón de la policía militar destacadas en una prisión llamada Campo Bucca, cerca de la frontera con Kuwait, decidieron amenizar su fiesta de despedida de la guerra, en diciembre pasado, luchando en el lodo.

La lucha en el lodo es, como no se ignora, una práctica principalmente femenina. El atuendo apropiado para ejercerla es la ropa interior. A los hombres se les permite, apenas, observar los combates desde una orilla, sudorosos y babeantes.

El rito fue aplicado rigurosamente por chicas y chicos del 160º Batallón, y algún entusiasta decidió inmortalizarlo tomando decenas de fotos –cuando los antropólogos del futuro se pregunten

por la característica principal de los homínidos que habitaron Estados Unidos en el siglo XXI, les resultará claro que era la de tomar fotos, fotos de lo que sea, de uno mismo con el pie en el cuello de un preso lloroso, o de una oficial de la policía militar en sostén y calzones estrangulando a una colega.

Por descuido o vanidad, las fotografías de las militares debatiéndose medio desnudas en el barro acabaron en las manos de un integrante del 105º Batallón, quien se apresuró a hacerlas llegar a sus superiores. A los pocos días estaban en las portadas de los muy serios tabloides *Daily News* y *The Sun* (el titular del *Daily News* era por demás elocuente: “*Out of control at Camp Crazy!*”)

Hasta el momento, sólo la soldado Deanna Allen, de diecinueve años, ha sido degradada por el incidente. Su capitán no descartó que se produjeran más sanciones, pero también dejó claro que no habría motivo para esperarlas: “No parece que hubiera alcohol de por medio, y no hay pruebas que induzcan a pensar en cualquier tipo de mal comportamiento sexual. Además, los presos estaban lejos y no podían verlas.”

Vaya, menos mal. De cualquier modo, no dudemos de que el marcial “Marine Cody” se avergonzará de tan lodosas actitudes mientras espera que le corten su cabeza de goma. —

— ANTONIO ORTUÑO

MODA ALTRUISTA

Ligar

Estaba en la cola del cine cuando llegó mi hija implorando por cincuenta pesos. “Es que por fin encontré la liga”, me explicó. “La tienen todos los de la televisión: la liga amarilla de ayuda contra el cáncer; ándale, dame los cincuenta pesos...” Saqué el billetito. Volvió al poco rato con una sonrisa como si la hubiesen vacunado de por vida contra el cáncer, mostrando orgullosa en su muñeca derecha un caucho amarillo visible desde un kilómetro. Un niño que esta-

ba atrás de nosotros en la fila, le dijo: “Compraste la liga pirata”, a la vez que mostraba en su muñeca una liga semejante. “¿Cómo lo sabes?”, le preguntamos. “La original dice LIVESTRONG, y la pirata sólo dice ARMSTRONG, ¿ven?” Mi hija fue a reclamarle al vendedor, quien le dijo que la original costaba ciento cincuenta pesos, pero que la que le había vendido era la “pirata original”, porque ya había otra que era la “pirata pirata”. Mientras proyectaban la película la ví de reojo a mi hija, estaba triste y confundida.

A los pocos días me encontré con un amigo que durante muchos años nos hizo creer que era piloto pero que luego delató su verdadera profesión de sobrecargo. Era conocido como el “chivero”. Le encargué noventa dólares de libros y los diez restantes de pulseritas amarillas, con la consigna absoluta de que fueran originales originales. Una semana después me llamó el chivero: “No encontré los libros, pero te traje cien pulseras.” ¿Cien? Al llegar a casa mostré mi compra, mi hija lanzó —emocionada— las pulseras al aire, bañándose con ellas, como quien disfruta las joyas del tesoro. Al día siguiente todos portábamos nuestra liga amarilla. Decididos a recuperar la inversión forzosa en la que nos había involucrado el chivero, mi hija y yo nos dimos a la penosa labor de colocarlas en el mercado escolar. Las ligas no duraron ni tres días. Mi hija me devolvió mi inversión y todavía sobró dinero como para comprar al menos cinco lotes nuevos. Sin darnos cuenta, formábamos ya parte del cáncer del comercio informal. Una cosa nos quedó clara: el cáncer era lo que menos importaba, lo valioso era portar el símbolo de estatus en el que se había convertido la liga amarilla. —

— DAVID LEE

MODA

El bolero de Updike

“El presente es el futuro del pasado” sentencia John Updike en la introducción a la edición de 1977 de su

primer novela, *La feria del asilo*. En dicha introducción, Updike expone los motivos autobiográficos y la relación que une esta novela con otras novelas de anticipación, como *1984*, *Un mundo feliz* y *La máquina del tiempo*, a la vez que disecciona los anacronismos y yerros de su visión alcanzada del futuro; entre los más flagrantes: la muerte de Kennedy y el ascenso de la subcultura del hedonismo con su acento mediático. Al paso, Updike señala que la sociedad descrita en la novela “tiene un acento hispanoamericano que no se ha producido en realidad, aunque parece correcta la suposición de un avance de la posición de la gente de piel atezada”. Además de ciertos logros, como la presencia de elementos que ahora denominaríamos “retro” (Updike declara haber propuesto “un futuro imprevisible envuelto en las neblinas de algo parecido a la nostalgia, un ‘no futuro’ lleno de zumbidos y pasado de moda”), lo cual otorga su acento distintivo a clásicos del cine posmoderno, como *Blade Runner* de Ridley Scott o *Brazil* de Terry William, el predominio de la cultura hispanoamericana finalmente sí sucedió, sólo que no en el difuso futuro donde se sitúa la novela, sino en nuestros días informatizados. Hará más de una década que la coletilla que podríamos denominar “de torero” y el peinado con gomina aparecieron, así como la presencia de acentos latinos en *los media*, los más visibles: la entronización de figuras latinas como *sex symbol*: Banderas, Hayek, JLo...

“Grace llevaba una falda de tela con estampado de flores, en tonos rojo y castaño, y una chaquetita blanca, de inspiración española, hecha de encaje, que parecía como si se la hubiera puesto del revés: una serie de botones muy seguidos bajaban por la espalda y por delante, la tela caía recta y tiesa, desde los pechos.” Una de las manifestaciones que se antojaban más lejanas era la popularización de una prenda visiblemente anacrónica, como el bolero. No deja de ser curioso que al poncho, otra prenda difícilmente atractiva, haya sucedido como prenda de auge esa chaquetilla de ascendencia andaluza, que

**AÚN CUANDO
LOS RECUADROS
DE TU CREDENCIAL
PARA VOTAR...**

**...SÓLO
LLEGAN
HASTA EL 03**



Con ella
podrás seguir
identificándote
y, lo más
importante,
votar en las
próximas
elecciones.

**Tu Credencial para Votar
es la llave de la democracia.**



**Llama gratis
a IFETEL**

01 800 4 3 3 2000

www.ife.org.mx

destaca el talle, y que durante los cuarenta lucieron artistas como Rita Hayworth. De Gwyneth Paltrow a Beyoncé y de Angelina Jolie a Lindsay Lohan, usan este atuendo como un complemento de índole formal o informal, según lo combinen con *jeans*, traje o vestido. Hay desde diseños clásicos que respetan el estilo original o bien remiten a su elaboración en los cuarenta —como aquellos que llevan encaje en las orillas o bien eligen las mangas abullonadas—, hasta nuevas versiones del bolero: con una extensión aún menor o bien con acentos que rayan en el *kistch*, como por ejemplo cargados de pedrería. Quizá, después de todo, Updike acertó y aún nos falte por oír canciones pop inspiradas en las cantigas de amigo. —

— JOSÉ HOMERO

FUTBOL

Las confesiones de Maradona

Debemos aceptar que, a pesar de lo que queramos los aficionados, el juego ha cambiado. Hoy hablar de fútbol equivale a determinar, desde el *marketing*, cuántas camisetas puede vender Beckham o cómo hacen ciertos jugadores para engañar al árbitro y provocar, desde el delirio del juego y de la mercadotecnia, el deterioro del espectáculo. Comprobamos que algunos futbolistas festejan los goles desde la burla y pocas veces desde la emoción: todo parece mediático y planificado, todo parece demagógico y falta de respeto.

En Argentina, en un programa de televisión, se resaltó la planificación desde la trampa. Así, se mencionó la importancia en la preparación de los recoboleros para manejar los tiempos, en estar atentos con el carrito de los lesionados, y el desconocimiento del juego para elaborar frases ignorantes que justifican la trampa. Hoy ganar no es más que el ejemplo de la mentira de un modelo que intenta sostener un mundo miserable.

Dentro de esta lógica, resulta infinita la justificación para ganar, incluso si no es necesaria la trampa para tal fin. Que el engaño sustituya al talento puede llegar a parecer absurdo, y más cuando uno de los jugadores más talentosos de la historia justifica la trampa y la festeja obscenamente. Nos referimos a las confesiones de Maradona (¿cuándo no?), que hizo en una emisión televisiva, al hablar de asuntos que habían permanecido ocultos por muchos años. Todos vimos el gol con la mano y las posteriores justificaciones al hecho tramposo; pero la siguiente confesión —que indicaba que a Branco, lateral izquierdo de Brasil en Italia'90, le ofrecieron agua con somníferos, y que todo lo planearon desde la banca el entrenador y médico Carlos Salvador Bilardo y el masajista Miguel di Lorenzo, conocido como "Galíndez"— revela algo más que la simple voluntad de ganar a la mala.

Por supuesto que la cosa es más candente cuando se trata de Argentina y de Brasil, pero esto no se refiere a un error del árbitro ni a una mala decisión en la cancha: se refiere a un acto más legal que deportivo. ¿Qué habría pasado si Branco reacciona de una manera más extrema, o si acude al examen *anti-doping* y allí se revela todo el asunto? Julio Grondona, presidente de la AFA y vicepresidente de la FIFA, dijo, dando pruebas de una inteligencia suprema: "Si los brasileños abren un caso de denuncia, que abran también uno por el gol con la mano de Tulio en la Copa América de 1995": como si drogar a un rival tuviera la misma implicación que un error arbitral que, mal que bien, es parte del juego.

Es necesario no caer en necedades. Está claro que el partido no lo ganaron por drogar a Branco, sino por una genialidad de Maradona al final del juego, y que los brasileños fueron incapaces de meter un gol en todo el encuentro; está también claro que este hecho fue perpetrado por unas personas que continuamente han sido cuestionadas, principalmente el doctor Bilardo, alumno de Zubeldía, verdade-

ro promotor de las triquiñuelas, y que no implica que los argentinos hagan cosas parecidas ni que todo el futbol argentino deba ser puesto en duda. Pero tampoco implica que todas las injusticias sufridas desde el nacimiento del futbol justifiquen actos que tienen implicaciones legales y hasta delictivas.

Hay que tener cuidado. El futbol es muchas más cosas que el puro resultado, por lo menos para los que creemos en la fantasía de esperar cada fin de semana “para que el futbol nos dé la victoria que la vida nos niega en la semana”. Bien lo dijo Ángel Cappa: “El futbol es arte cuando dos tiran ‘una pared’ para que seis no los vean ni pasar.” Me parece que es necesario revisar esto y, si no es posible, por lo menos conservar la voz que diga que puede ser de otra manera. No olvidemos que hay mucho más que sólo dinero en una cancha de futbol.

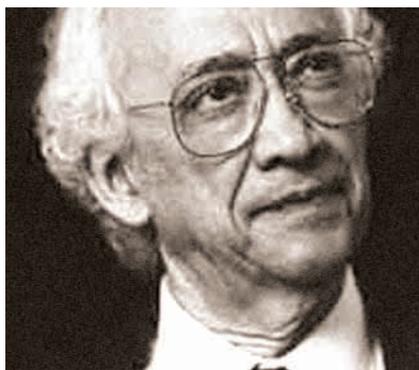
El doctor Bilardo tenía una frase que lo caracterizaba: “Al enemigo, ni agua.” Ahora nos damos cuenta de que hasta esos principios éticos tienen sus límites. —

— CARLOS AZAR

SEMBLANZA

Paco Huerta y el fin de la radio popular

Cuando supe de la muerte de Francisco Huerta, recordé aquellas mañanas en que mi madre nos daba de desayunar para ir a la escuela y escuchábamos de fondo un programa de radio, insólito en aquellos años: “Voz Pública”. Paco Huerta leía pedazos de la columna de Manuel Buendía, describía algún cartón de Naranjo, y daba sus opiniones, siempre contra el gobierno del Partido Único —al que debimos haber llamado en esos años Partido Con Acompañantes, pues existían agrupaciones tan curiosas como el PPS y el PST—, desde la perspectiva de los ciudadanos: se quejaba de la deuda externa y de lo que entonces se llamaba “carestía de la vida”. Pero, sobre todo, su programa de radio consistía en abri-



Paco Huerta: transmitiendo desde el aire.

le los micrófonos a la gente. Se leían decenas de opiniones de eso que para el PRI era sólo producto de una subversión comunista: los ciudadanos.

A Paco Huerta lo conocí muchos años después, en los días que siguieron al fraude electoral de 1988. Un grupo de universitarios habíamos irrumpido en una sesión de la entonces Comisión Federal Electoral, presidida por el secretario de Gobernación de Miguel de la Madrid. Gritamos lo que después se convertiría en un eslogan para las bo-rracheras: “Repudio total al fraude electoral.” Bartlett nos hizo pasar a su oficina y nos regañó sin perder los estribos, pausadamente. No recuerdo más que dos frases suyas: “Muchachos irresponsables, deberían de ponerse a estudiar” y “Esto no es para ustedes”. Para Paco Huerta, el hecho ameritó una invitación a su programa, en el centro de la ciudad, con cafés traídos del *Habana*. El hombre que siempre tuvo una voz juvenil, y una resistencia tenaz a la censura, era todo lo contrario de lo imaginable: con el cabello cano, era un tipo larguirucho y quebradizo. Dirigía su programa desde su silla, pendiente del tiempo, los periódicos, los cables que llegaban, los telefonemas, las preguntas. Y entendí lo que había inventado: la radio popular.

Me seguí encontrando a Paco Huerta a lo largo de los años, en las manifestaciones que siguieron al 88. La última vez que lo vi fue durante la marcha contra el desafuero del Jefe de Gobierno de la ciudad de México. Charlamos muy poco sobre un tema central de la alternancia: la desapari-

ción de voces con fuerza moral. “Ya no hay Hebertos Castillo o Barros Sierras” dijo, y nos despedimos.

A lo largo de ese lapso que va de 1988 al 2000, la radio se abrió al público. Radio Red se convirtió en el ensayo por excelencia de la radio popular interesada en lo que la gente quiere saber: noticias, consejos de salud, servicios que ofrece el gobierno, denuncias de servicios que no funcionan, pero, sobre todo, por dónde circular las calles del DF. Las demás estaciones comenzaron a tener teléfono abierto para cualquier opinión e, incluso, para contar sus historias de terror en “La mano peluda” —el programa de radio, no el manual de masturbación. De hecho, Paco Huerta fue despedido de la misma estación, Radio Fórmula, tres meses antes de morir, por algún comentario sobre la Primera Dama. El despido testifica que la censura no está del todo en la lona.

Tres días antes de morir, Paco Huerta le comentó a un maestro de la Universidad Autónoma Metropolitana, al bajar un escalón tras una conferencia, que sentía terror a una caída. Recordó la estrepitosa de Fidel Castro y se estremeció. Días después se cayó en su casa y murió. Es curioso la forma en que uno puede precognizar su propio desenlace.

Y fue cuando escuché la noticia por el radio que recordé aquellas mañanas modorras de finales de los setenta, en que la voz atildada de Paco Huerta criticaba al ahora también muerto dirigente de los trabajadores de radio y televisión, Nezahualcóyotl de la Vega... y despidieron a Paco. Rodaría de estación en estación sin modificar la idea de abrir los micrófonos al instante para hacer una especie de fotografía de lo que la gente sentía sobre algún tema público. Si lo amenazaban, leía la amenaza al aire. Si lo despedían, leía su renuncia al aire. Nunca se cansó. Justo unos días antes de su caída, Huerta buscaba, de nuevo, ingresar a alguna estación nacional sin dejar de transmitir desde su casa vía internet. La muerte lo sorprendió maquinando ese programa que ya no se transmitió. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID